

El antiperonismo de *Sur*: entre la leyenda satánica y el elitismo programático

Judith Podlubne *

Universidad Nacional de Rosario – CONICET

Resumen

El artículo presenta una lectura del antiperonismo intelectual de la revista *Sur*, centrada en el análisis del oprobioso y emblemático número 237 (noviembre–diciembre 1955), publicado pocos meses después de la autodesignada Revolución Libertadora. La lectura se sitúa en el cruce entre literatura y política y se ordena en tres párrafos relacionados. El primero, «La “pesadilla” peronista», repasa los tópicos y argumentos comunes en torno a los cuales las colaboraciones de Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges definen los capítulos principales de esa leyenda del peronismo satánico, que ellos y otros miembros de *Sur* difundirán durante años. El siguiente apartado, «La tarea de “reconstrucción nacional”», postula la idea de que la caída del peronismo reanima entre los miembros del grupo las expectativas de ejercer el magisterio intelectual y moral que predicaron con mayor ascendiente durante la primera década de la revista. Inspiradas en las alternativas propias del *humanismo liberal y personalista*, que nutre el pensamiento de la mayoría de sus colaboradores desde los años 30, las propuestas del número se diluyen en una declaración de principios incapaz de trascender la condena del peronismo. Y el último, «La salida pedagógica: divergencias y matices», señala cómo la alternativa pedagógica sustentada que el número propone excede los límites de una respuesta local ante la nueva coyuntura y se corresponde con las soluciones que los intelectuales europeos, de tendencia liberal y anticomunista, proponían en el contexto de la marcada polarización de la Guerra Fría. Registra las divergencias de Masotta con esa posición y puntualiza, con relación a la misma, una diferencia entre el antiperonismo de Victoria Ocampo, sustentado en un *elitismo programático*, y el de Jorge Luis Borges, sujeto a pasiones primarias.

44 45

Palabras clave:

· Revista *Sur* · antiperonismo · Victoria Ocampo · Jorge Luis Borges

* Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Adjunta de CONICET. Profesora titular de la cátedra de Análisis del Texto y Directora de la Maestría en Literatura Argentina de la Universidad Nacional de Rosario. Autora de *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2011. Publicó artículos sobre literatura y crítica literaria argentina en libros y revistas nacionales e internacionales.

Abstract

The article presents a reading of intellectual anti-Peronism *Sur* from the analysis of the nro. 237 (Nov-Dic 1955), published a few months after the self *Revolución Libertadora*. The reading is organized into three related paragraphs. The first, «The “nightmare peronist”», located common topics and arguments around which the collaboration of Victoria Ocampo and Jorge Luis Borges define the main chapters of the legend of Peronism satanic, they and other members of *Sur* disseminated for years. The next section, «The task of national reconstruction», posits the idea that the fall of Peronism reanimates between groups’ members’ expectations exert intellectual and moral teachings preached more ascending during the first decade of magazine. And last paragraph, «The educational output: differences and nuances» notes how educational alternative exceeds the limits of a local response to the new situation and corresponds to the solutions that European intellectuals of and anti-liberal, proposed in the context of the sharp polarization of the Cold War. The paragraph register Masotta’s differences with that position and points, in the relation to the same, a difference between the antiperonism of Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges.

Key words:

· *Sur* magazine · anti-Peronism · Victoria Ocampo · Jorge Luis Borges

La «pesadilla» peronista

A fines de 1955, pocos días después de la autodenominada *Revolución Libertadora*, Jorge Luis Borges, que para entonces ya había escrito con Adolfo Bioy Casares el relato emblemático del antiperonismo monstruoso y festivo, aspira a completar esa imaginación con la epopeya jubilosa de los triunfos que acaban de derrocar al gobierno de Perón. (Borges, 2001:377 y 2000:171). Su aspiración revive la nostalgia de aquel destino épico que cumplieron sus antepasados militares en las guerras de la independencia y es esa nostalgia, exaltada por las victorias recientes, la que lo impulsa a identificar sin escrúpulos ni cautelas el período peronista con los gobiernos de Rosas y a Rojas y Aramburu, con los soldados patriotas. «Antes de la historia —escribe en una de las notas sobre Sarmiento que publica en esos años— está el mito y por ese crepúsculo andan formas que, incomprensiblemente, son otras» (Borges, 2007a:65). Igual que el coronel Francisco Borges, aunque casi un siglo después, los «hombres de la *Libertadora*» —para Bor-

ges, siempre se trata de hombres, de individuos con nombres propios, antes que de funcionarios del Ejército Argentino. La épica, se sabe, requiere del héroe: de un hombre o de unos pocos que ofician de modelo para el resto— tienen a su cargo defender y restablecer una línea de frontera. La «reciente dictadura» o la «segunda tiranía», para mencionar sólo dos de las varias fórmulas oprobiosas con que designa la democracia destituida, muestra que la barbarie denunciada en el *Facundo* no es un rasgo pintoresco y pretérito sino un peligro actual, un riesgo inmediato (Borges, 2007b:67). Desde mil novecientos cuarenta y tantos —le gusta repetir— somos contemporáneos de Sarmiento. El gaucho ha sido reemplazado por colonos y obreros, la barbarie está presente en la plebe de las grandes ciudades. Como la batalla de Caseros, el alzamiento militar de septiembre viene a terminar con ese nuevo «malevaje» para devolverle a la ciudad su vida propia. Fin y recommienzo armonizan en ese «día glorioso (...) de recuperación de la patria» (Borges, 2000:170). El entusiasmo, la exultación, que los acontecimientos le producen redundan en una elocuencia incontinente e ignominiosa que lo lleva a definir, apenas instaurado el gobierno de facto, la visión de lo sucedido que lo acompañará el resto de su vida. En una entrevista publicada en la revista *Propósitos*, en noviembre de 1955, declara:

La revolución tiene que traer un renacimiento en nuestra cultura. No es un hecho exclusivamente político—militar. Es un proceso que se ha realizado en cada uno de nosotros; un proceso emocional. Los escritores tienen una magnífica oportunidad para dejar de retrotraerse a la figura del gaucho que no han tenido ocasión de analizar, o al ambiente del arrabal que no han vivido. Ahora viven instantes que cobrarán con el tiempo carácter de mito. Esto siempre sucede al margen del proceso histórico. Pueden alcanzar una literatura épica, y lo pueden lograr sin esfuerzo, espontáneamente. (Borges, 2001:377)

Aunque probablemente nadie se permitió tanto como augurar una transmutación mítica del golpe del 55, no sólo para Borges estos sucesos excedieron las determinaciones políticas, militares y sociales del hecho histórico para transformarse en un asunto a la vez personal y compartido, en un «proceso emocional», cuyos efectos perdurarían en la memoria colectiva de muchos argentinos.

El emblemático número 237 que la revista *Sur* publica en noviembre—diciembre de ese mismo año, bajo el lema «Por la reconstrucción nacional», reúne en su mayoría testimonios de autores que condenan los abusos y atropellos que habrían caracterizado la «dictadura» de los últimos doce años, al tiempo que ponderan el restablecimiento de valores, «la restitución de la verdad», que no dudan les deparará el nuevo régimen. También para ellos, fin y recommienzo confluyen en un presente que acuerdan en describir atravesado por la auspiciosa superposición de otras épocas: los días de mayo y la gloria de 1852. El tono y el sentido general del número lo dictan los artículos de Victoria Ocampo (1955 y 1955a) con que se abre y se cierra el volumen: una suerte de crónica de la prisión, narrada en dos tiempos, a partir de la cual la directora de la revista traza una imagen demoníaca

y autocrática de la administración depuesta, que deriva en un fervoroso agradecimiento hacia el heroísmo redentor de la hazaña «libertadora». La breve experiencia de los veintisiete días de arresto injustificado sufridos en la cárcel de mujeres del Buen Pastor, a mediados de 1953, le revela a Ocampo la auténtica dimensión del peronismo. Como es propio de su estilo, el recuerdo o la anécdota privada predetermina el significado general de los acontecimientos que le interesa contar: la cárcel se convierte de ese modo en el emblema privilegiado de los gobiernos peronistas. El relato autobiográfico de esa experiencia, un relato que reaparece en muchos de sus testimonios posteriores, entrelaza la denuncia de las arbitrariedades y violaciones que definen la «pesadilla» o el «mal sueño» peronista, con una serie de episodios personales y detalles minúsculos que, aunque buscan dotar de dramatismo a su padecimiento, lo muestran a menudo bastante candoroso. Una sensación de encierro y vigilancia continuos, el temor de un peligro inminente, describe para Ocampo, y para la mayoría de los colaboradores de la revista, la vida de los argentinos en esos años. «Cualquier violencia, cualquier venganza, cualquier horror era posible» —sostiene Carmen Gándara (68)—. La convicción de que todo «era censura y zonas prohibidas», una convicción desmesurada si se considera que ni la revista ni la editorial sufrieron ningún intento de cierre, resulta el signo distintivo del período. «Puede decirse sin exagerar —afirma Ocampo— que vivíamos en un estado de perpetua violación. Todo era violado, la correspondencia, la ley, la libertad de pensamiento, la persona humana. (...) Moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle. Y se sentía uno más libre porque allí se vivía más cerca de la verdad» (5).

Podría conjeturarse que, habituada como estaba a los enemigos frontales y virulentos que desde la década anterior distinguían a *Sur* como antagonista privilegiada en su implacable relectura de la tradición liberal, enemigos que, como dice Enrique Pezzoni (265), fueron la otra gran obra de Ocampo, Victoria no aceptó nunca no ser reconocida por el peronismo como una contrincante central y directa de sus políticas ideológicas y culturales. Se ha establecido ya que Perón no estaba demasiado interesado en la cultura de élite. A diferencia de lo que ocurría con los medios de comunicación masiva como la prensa y la radio, que sí fueron intervenidos y a los que el peronismo les impuso una censura estricta, *Sur* no representó una amenaza considerable para su gobierno (King:163). De allí que identificar los años del peronismo con un régimen generalizado de intimidación solapada, una suerte de estado de sitio omnímodo y delirante, tal vez no sólo haya sido una caracterización exagerada de su parte, resultado inmediato de una memoria reciente imbuida de prejuicios ideológicos, sino también el modo de conferirse a sí misma el lugar anhelado, arrogándose el traje de víctima ilustre de un enemigo todopoderoso. Tiene razón Cristina Iglesia (15) cuando afirma que la cárcel se convierte para Ocampo en un nuevo privilegio. La cárcel, el peronismo en general es, en cierto sentido, un episodio más de su extensa autobiografía, un episodio central: el que la convence definitivamente de la necesidad de escribirla. No obstante esta circunstancia personal, la identificación del régimen con un movimiento omnipotente y despótico, resultó también la condición necesaria para presentarlo, además de como un gobierno policiaco y autoritario, como un estado engañoso, ilegítimo e inverosímil. A la historia de índole criminal, hecha de cárceles y torturas, que contaron los testimonios de Ocampo, Borges sumó la historia de las ficciones escénicas del peronismo, una historia «hecha de necesidades

y fábulas para consumo de patanes» (1955:9). Las colaboraciones de ambos definieron para los lectores de *Sur* los capítulos principales de esa saga del peronismo satánico, que ellos y otros miembros del grupo difundirían durante años. Los procedimientos y estilos narrativos fueron sin dudas muy diferentes, pero los temas y argumentos, a menudo los mismos. Compuesto básicamente de anacronismos deliberados y analogías descomedidas, ninguna explicación podía esperarse de un relato movilizadísimo por el interés excluyente en demonizar al adversario. «si el peronismo ha sido [la encarnación del Mal absoluto] —reclamaba con vehemencia el joven Massota, desde la revista *Contorno* (164)— al menos es necesario explicar en qué consistía y porqué era absoluto (...) estamos seguros de ganar muy poco asignando por decreto la maldad intrínseca a un régimen, salvo, eso sí, justificar todas las maldades del régimen que lo ha seguido». Más allá de las «bienintencionadas» declaraciones de Ocampo («Nada sólido y nada grande puede construirse sin hacer voto de verdad») y de su llamado a construir un orden que superara las mentiras de la «dictadura», ni sus escritos ni los de Borges trazaron un análisis certero de esos años. Sí consiguieron, en cambio, afianzar la trama tendenciosa de esa mitología rudimentaria del antiperonismo furioso, con la que intervenir de un modo eficaz y persuasivo, en la guerra de mitos que, en un primer momento, signó la discusión entre las facciones. Una discusión más interesada en ganar los votos vacantes de las masas peronistas que en comprender el fenómeno político al que estaban irredimiblemente asociadas.

La reiteración irreflexiva e incontrolada de algunas analogías, ya recurrentes desde la década anterior no sólo entre los escritores de *Sur* sino entre todos los miembros de la intelectualidad opositora, consolidó esa leyenda, que, en sus coordenadas principales, tal como lo habían presentado los cuentos de Borges y Bioy, se redujo a la rehabilitación extemporánea de la disyuntiva sarmientina entre civilización y barbarie. Los términos de la comparación fueron, en el ámbito vernáculo, previsiblemente, el rosismo y, en el ámbito internacional, los totalitarismos europeos: el fascismo, el nazismo y también el comunismo. Ambas equivalencias se sustentaron, por un lado, en la condena moral de los atropellos y arbitrariedades que toda forma de tiranía ejercía contra los valores del espíritu y la inteligencia y, por otro, en la crítica al uso abusivo que las dictaduras hacían de los recursos técnicos que les proporcionaba el aparato propagandístico. Es decir, exactamente los mismos núcleos ideológicos a partir de los que *Sur* (y la intelectualidad liberal en general) habían fundamentado dos décadas atrás, en los años de entreguerras, su oposición al avance de las masas y de las ideologías autoritarias y su defensa de la responsabilidad de las élites intelectuales en el mantenimiento de la cultura. La diferencia central aunque resistida, completamente negada, entre los miembros del grupo, radicaba en que en la nueva coyuntura estos argumentos recaían sobre un gobierno que además de haber sido democráticamente elegido, contaba todavía con un masivo apoyo popular. La continuidad de estos argumentos, convertidos en ideologemas vacíos, sin ninguna capacidad interpretativa, aunque dotados de ímpetu regresivo y conservador, fue exhibida por Victoria Ocampo, como prueba incontestable de la línea de conducta sostenida por la revista a lo largo de los años. «A *Sur* —escribió en la nota agregada que introdujo «La hora de la verdad»— le bastaría repetir hoy, lo que ya declaró en agosto de 1937, hace exactamente 18 años, contestando a lo que de nuestra revista opinaba, censurándola, cierta publicación católica» (1955:2). La nota aludía al editorial «Posición de *Sur*» aparecido en respuesta a los ataques que la

revista *Criterio* le había dirigido en el inicio de la Guerra Civil Española y recordaba, pocas líneas más adelante, la reedición que, bajo el título «Nuestra actitud», *Sur* había hecho de ese mismo editorial, en 1939, cuando se declaró la Segunda Guerra Mundial. Como apunta María Celia Vázquez (2010:210), el armado de la serie no sólo resumía la historia de las intervenciones de la revista, sino que servía de paso para acentuar la insidiosa yuxtaposición de los nombres de Franco, Hitler y Perón. El hecho de que en la crítica al peronismo la revista no dijese prácticamente nada nuevo o distinto a lo que había afirmado las décadas anteriores obedecía —concluye Vázquez— a que para *Sur* el ciclo de los totalitarismos que en Europa, al menos parcialmente, había culminado con la guerra en 1945, en la Argentina recién se cerraría diez años después, con el golpe que derroca a Perón.

Con una maestría retórica particular, en la que la virulencia del ultraje se conjuga con cierta displicencia aristocrática en la sintaxis, el texto de Borges, «L'illusion comique», fue el único de la revista que supo explorar con éxito las posibilidades literarias que ofrecía esa yuxtaposición. La irrealidad, la inverosimilitud, que pocos años antes había caracterizado, para Borges, al nazismo, redundaba en la impostura y la sobreactuación del régimen peronista. «Durante años de oprobio y de bobería, los métodos de la propaganda comercial y de la *littérature pour concierges* fueron aplicados al gobierno de la república» (1955:9). Como el nazismo, el peronismo no había sido más que una fábula burda y banal, que no podía ser creída y sin embargo lo era. Antes que la rudeza del auditorio, la *willing suspension of disbelief* que definía para Coedrige la fe poética daba la clave para resolver esta contradicción «las mentiras de la dictadura no eran creídas o descreídas; pertenecían a un plano intermedio y su propósito era encubrir o justificar sórdidas o atroces realidades» (10). El argumento apuntaba sin dudas a quitarle consistencia a los acontecimientos históricos, a desrealizar las multitudinarias manifestaciones populares de adhesión al peronismo: el 17 de octubre no había existido, la renuncia de Perón había sido un fraude. Se trataba de un argumento frecuente entre los adversarios del régimen, quienes intentaban socavar la legitimidad del gobierno surgido de elecciones libres mediante el cuestionamiento directo del apoyo masivo con el que contaba el peronismo: «la procuración popular fue un simulacro y nunca pudo ocultar bajo esa máscara su carácter de autocracia personalista llevada a delirio patológico» —escribía Guillermo de Torre (62), en «La planificación de la masas por la propaganda», un artículo, cuya primera parte puede leerse como un tedioso desarrollo expositivo de «L'illusion comique»—. El texto de Borges reescribía un tópico común a todos los colaboradores de *Sur*, dotándolo de una entonación singular, concentrada, distante, predominantemente paratáctica, por momentos epigramática, siempre rotunda y taxativa, que contrastaba con la notable debilidad de ese pensamiento insuficiente e injurioso, cuyo sentido se resolvía en la homología imperfecta entre sistemas dispares. De ese contraste, de esa discordancia evidente entre el *modus* y el *dictum* de la narración, procedía, por un lado, el efecto irónico del texto y, por otro, la certera impresión de que, como los partidarios del «dictador», el propio Borges había condescendido al agrado de sus ficciones. «La irrealidad borgeana que había carcomido al peronismo —acierta Panesi (35)— terminaría por devorarlo a él». Sólo el influjo prolongado y persistente de la fe poética pudo haberlo persuadido de que una prueba cabal del éxito de la revolución era que la gente se iba olvidando de la pesadilla anterior (Borges, 2000a:178).

La tarea de «reconstrucción nacional»

Ciega, ofuscada y brutal, la opinión de Borges daba la pauta de hasta qué punto la mentada coherencia ideológica que Ocampo atribuía con orgullo a los integrantes de la revista podía constituirse en índice preciso de las limitaciones y el grado de encierro con que *Sur* evaluaría tanto el derrocamiento del peronismo como la transición posrevolucionaria y los cambios políticos e intelectuales de la década siguiente. Sin salirse de los márgenes del amplio arco opositor, el número dedicado a celebrar la caída del régimen manifestaba cierta disposición inicial a pensar la coyuntura, invitando a colaboradores de distintos ámbitos y procedencias. Junto a las intervenciones de los miembros habituales, cuyos escritos integraron por lo general la serie de textos que abonaban los mitos del antiperonismo descomedido (además de en los textos de Ocampo y Borges, pienso en los artículos de Carmen Gándara, Eduardo González Lanuza, Carlos Mastronardi, en los poemas de Silvina Ocampo y Alberto Girri y en el testimonio de Ernesto Sábato), el volumen reunía una serie de artículos de filósofos, pedagogos, juristas, sacerdotes, historiadores y ensayistas —«la *república del espíritu*, en suma», ironizó Altamirano (2001:20)— que por momentos intentaba superar la condena de lo sucedido. Si bien muchos de estos escritos se limitaban a prolongar la saga antiperonista, tal el caso de los artículos de Héctor Pozzi, Aldo Prior, Víctor Massuh, Norberto Rodríguez Bustamante, otros, en cambio, trascendían las críticas al régimen anterior para ocuparse de temas específicos del apremiante escenario político y social, como eran la cuestión educativa, la universidad, el rol del sindicalismo, el papel de la iglesia, para mencionar a los más relevantes. La incorporación de estos últimos artículos acentuaba, como advirtió Vázquez (2011:218), el carácter excepcional que el número tenía en la historia de las intervenciones políticas de la revista: por primera vez, después de veinticinco años, *Sur* se pronunciaba de un modo directo e inmediato sobre los asuntos del debate público nacional. Durante la década peronista las críticas al gobierno habían sido siempre laterales, alusivas, y se habían concentrado, según la tradición de la revista, y probablemente también por razones de supervivencia institucional, en temas culturales (Fiorucci, 2010 y 2001). El derrocamiento del régimen interpelaba a sus miembros de un modo muy particular, como ningún otro acontecimiento político de la vida del país lo había hecho hasta ese momento, pero la respuesta mayoritaria que los integrantes de *Sur* daban a esa interpelación se resolvía a partir de los mismos tópicos ideológicos que los había guiado en coyunturas anteriores.

Entre los miembros del grupo, la caída del peronismo reanimaba las expectativas de ejercer el magisterio intelectual y espiritual que *Sur* había predicado con mayor ascendiente durante su primera década, en los años anteriores a los de los gobiernos de Perón. El antiperonismo de la revista libraba ante todo una disputa de índole intelectual orientada a preservar y revitalizar su lugar en el campo cultural. La «Revolución Libertadora», que todos sin excepciones acordaban en valorar como un acontecimiento histórico de alcances morales trascendentes —paradójicamente *Sur* y la oposición en general apoyaban el gobierno de facto en nombre de principios democráticos y republicanos, como la defensa de los derechos civiles y las libertades públicas— inauguraba una coyuntura inestimable para realizar esas expectativas. Con un marcado ímpetu restaurador, cuyo referente deba buscarse tal vez en las improbables virtudes de una imaginaria república del espíritu antes que en el desarrollo concreto de alguno de los gobiernos anteriores, el lema de la revista invitaba a *reconstruir* la nación, a *reencauzarla* en el orden democrático de libertad y justicia, interrumpido por la «tiranía», y la mayoría de los artículos refrendaban la propuesta con fórmulas emparentadas: *restituir* la verdad, *rescatar* la cordura, *recobrar* la conciencia, *reordenar* el caos. En esta dirección, y retomando las consignas bendianas que la inspiraban desde los años treinta, Victoria Ocampo definía el lugar que debían ocupar los intelectuales en las nuevas circunstancias:

La tarea de conducir al mayor número posible de hombres «al reconocimiento, no sólo en palabras, sino también en actos, de la importancia fundamental de eso que prima sobre todo y que sin embargo es constantemente olvidado: la verdad» es una tarea que nos incumbe. Es la tarea de los intelectuales, de los educadores. Los intereses de clase, de partido, de naciones, no deben jamás obstaculizar el cumplimiento de tan sagrada misión. (1955:8)

Conforme a uno de los tópicos principales en que se sustentaba el programa general de la revista desde sus inicios, el que sostenía que la misión de las élites residía justamente en preservar y difundir los valores espirituales frente a los avatares del cambio social (Gramuglio, 1999), su definición insistía en la tarea esclarecedora, pedagógica, que debían realizar los intelectuales en ese momento. Se trataba para Ocampo, como para muchos de los colaboradores del número, de reorientar el rumbo equivocado en el que habían sido arrastradas las incautas mayorías nacionales. Con el paternalismo propio de esta concepción y en un estilo que acentuaba las aristas espirituales de la tarea, su ensayo proponía «extirpar [las mentiras] de los corazones ingenuos donde ha(bían) anclado», redimir a los pecadores del mal al que habían sucumbido candorosamente (1955:7). En el mismo sentido, De Torre advertía que la única forma perdurable y segura de contrarrestar los efectos de la propaganda totalitaria era «la educación de las masas». «Contra el gregarismo, reafirmación de la persona; contra la fanatización obtusa de los espíritus, desfanatización lúcida» (71). Quedaba claro que «educar a las masas para el civismo», según la fórmula de Víctor Massuh (108), comprometía ante todo rectificar los efectos negativos de la masificación, esto era, desagregar las multitudes, desmasificarlas, *desperonizarlas*, para decirlo con el término de la época. Esa desperonización equivalía básicamente a rescatarlas del «entontecimiento multitudinario planificado» en que las había sumido la propaganda partidaria (De Torre:64). Desde la óptica de la revista, el cumplimiento de esta tarea requería que, como en otras pocas circunstancias en la historia de *Sur*, los intelectuales

incursionaran en la arena política (es significativo que varios artículos advirtieran la necesidad de apartarse del ideal esteticista de la «torre de marfil»), pero esa incursión debía hacerse, tal como predicaban Gandhi y el propio Julien Benda, a quienes Ocampo invocaba en sus escritos, teniendo como punto de partida el dominio espiritual. Para los miembros del grupo, el restablecimiento de los valores morales e intelectuales que la «dictadura» había avasallado y pervertido exigía y justificaba la participación de los escritores en el debate cívico que se abría con la «Revolución Libertadora». En el mismo sentido, la profundización y consolidación de los logros alcanzados a partir del levantamiento militar requerían del apoyo y la probidad intelectual de las minorías culturales. No sorprende entonces que De Torre, un acérrimo partidario de la actitud desinteresada de los *clerics*, afirmara que en esa oportunidad que «en un momento u otro, todos estamos obligados a reflexionar sobre ciertos problemas ideológicos, ciertas cuestiones públicas, que debieran ser estrictamente privativas de los correspondientes especialistas» (72). Algo más difícil de explicar apelando sólo a razones de esta índole es sin dudas el hecho de que varios de los integrantes principales de *Sur* renunciaran a la distancia por ellos mismos recomendada para abordar los asuntos temporales y asumieran cargos públicos: Borges fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional y profesor titular de la cátedra de Literatura Inglesa en la Universidad de Buenos Aires; Victoria Ocampo ejerció la presidencia del Fondo Nacional de las Artes; Eduardo Mallea fue embajador ante la UNESCO, Adolfo Bioy Casares obtuvo un cargo de asesor en una Embajada y Ernesto Sábato asumió como interventor del diario *Mundo argentino*. El declamado apoliticismo de *Sur*, cuyos límites, como advirtió Gramuglio (1986), ya eran evidentes a mediados de los años treinta, encontró en el respaldo activo al gobierno de facto su forma más recalcitrante.

52 53

Complementaria de la imagen que hacía del peronismo un régimen demagógico, ilegítimo y engañoso, la idea de que se debía emprender una tarea de recuperación o reorientación moral e intelectual de los sectores mayoritarios se hizo evidente en las colaboraciones que examinaron de modo directo algunos de los asuntos públicos más apremiantes de ese momento. Los artículos dedicados a la cuestión educativa, tanto los relativos a la universidad como a la enseñanza media, fueron previsiblemente ejemplares en este sentido y caracterizaron, en una dirección congruente con la de Ocampo, las «nuevas responsabilidades» que les incumbían a los docentes en la etapa que se iniciaba. Sumada a la preocupación por revertir o corregir lo que advertían como «deficiencias y desvíos» propios de la masificación, aparecía la inquietud y el interés por articular medidas que ayudaran a prever e impedir una recaída en regímenes «totalitarios». En «La formación del hombre libre», Juan Mantovani, el conocido pedagogo, miembro del Colegio Libre de Estudios Superiores e integrante del consejo de redacción de la revista *Imago Mundi*, instituciones representativas de la intelectualidad opositora, sintetizaba el espíritu general, fuertemente personalista, que debía impulsar la educación argentina en adelante. En este artículo, que recogía las «Palabras leídas el 29 de octubre de ese año en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata», Mantovani, que igual que Francisco Romero y Vicente Fatone eran profesores cesanteados de esa universidad durante los años peronistas, avanzaba sobre el futuro de la educación a partir de un diagnóstico general, que luego precisaría en «Apariencia y realidad del régimen», el texto publicado pocos meses más tarde en el número 239 de *Sur*. Ambos ensayos centraban la finalidad de la educación democrática en la formación

del individuo para la libertad. Mientras la masa era considerada el origen indiscutible de las tiranías modernas, los principios encarnados en la idea de «persona humana» remitían de manera directa a los valores de libertad y democracia. «La afirmación del ideal de personalidad plena e integrada equiva[lía] a la muerte del individualismo anárquico y al rechazo de la masificación» (1955:20). Un ánimo similar alentaba las consideraciones de Romero y Fatone sobre la universidad y los cambios que Hugo Cowes apuntaba para la enseñanza secundaria. Todas estas intervenciones se inspiraban en las alternativas propias del *humanismo liberal y personalista*, que nutría el pensamiento de la revista desde mediados de los años treinta, lo que determinaba que en líneas generales sus propuestas se diluyeran en una reiterada declaración de principios que muy pocas veces trascendía la condena del peronismo. En la amplísima mayoría de las colaboraciones que integraron el número (tal vez la única excepción significativa sea el ensayo de Tulio Halperín Donghi, que presentó un recorrido crítico por el estado de la cuestión de la historiografía argentina hasta ese momento), el consenso unánime que se estableció en torno a los males del régimen determinó que el análisis y la discusión sobre el pasado inmediato quedara sustituido por afirmaciones declamatorias y apelaciones vagas, encendidas, cuando no, totalmente desafortunadas.

Muy pocos colaboradores plantearon alguna preocupación por indagar las causas que explicaran la irrupción del peronismo y sólo en un par de casos esa preocupación avanzó más allá del enfático requerimiento de un examen de conciencia colectivo o del reconocimiento de culpas compartidas que proclamaban Eduardo González Lanuza, Ernesto Sábato y Norberto Rodríguez Bustamante. Los escritos de Jorge Paitta y Carlos Peralta introdujeron, como señaló Jorge Cernadas (1997:136), un matiz disonante en el tono general del número. Ambos partieron del diagnóstico de que la «dictadura» era el resultado de las condiciones de desigualdad socioeconómica y cultural en que vivía un amplio sector de la población nacional antes del gobierno de Perón; ambos reconocieron además que los sectores más acomodados tenían parte de responsabilidad en esa situación. «la dictadura —escribió Paitta (90)— fue engendrada por cierto estado de cosas; mientras éste subsista, el sitio del despotismo permanece vacante. Perón no es todo el mal. Fue una consecuencia, una hipótesis del mal que lo precedía y ahora lo sucede, porque él no lo remedió». «La causa eficiente de la dictadura —agregaba Peralta (113)— fue la irresponsabilidad de nuestras clases mejor educadas con respecto a las peor educadas». Los argumentos de Paitta buscaban situarse a una distancia equidistante de la «demagogia dictatorial» y de la incomprensión que la clase media, de cuño liberal, había manifestado hacia los sectores obreros durante el último gobierno. Su posición se enunciaba fundamentalmente contra quienes alentaban la ilusión de negar los últimos diez años para iniciar sin más un período antiperonista (entre los miembros de la revista, Borges era sin dudas quien suscribía a este anhelo con mayor determinación) pero, lejos de la apertura que este gesto prometía, el final de su ensayo se cerraba apelando a razones aristocráticas, tributarias del liberalismo del ochenta. Más allá del tímido matiz que tanto sus consideraciones como las de Peralta agregaban al número de *Sur*, la alternativa que ambos proponían para la nueva coyuntura coincidía plenamente con la tarea pedagógica, propia de las minorías intelectuales, a la que suscribían los miembros de la revista. «Reeducar [a los sectores vencidos], reconquistarlos para la vida cívica es nuestra misión —afirmaba Paitta—» (90) y, en términos más rudos, Peralta sostenía que «el sector

culto de nuestro pueblo debe proyectar su cultura sobre la zona inculta, (...) ser para ella la proa de la nave y no una isla» (114). Considerada fundamentalmente un ejercicio de redención espiritual con consecuencias directas sobre la formación cívica de los ciudadanos, la acción cultural y educativa constituía la respuesta compartida (y a esa altura ya, muy débil y nada convincente) que la mayoría de los participantes del número ofrecían a la pregunta lanzada por el artículo de Bernardo Canal Feijóo desde el título «¿Qué hacer?» (1955).

La salida pedagógica.

Divergencias y matices internos

Además de constituir una vieja de opción del liberalismo autóctono, cuyos orígenes se remontan a la primera mitad del siglo XIX, la salida pedagógica de los problemas acarreados por los movimientos de masa era una alternativa que excedía los límites de una respuesta local ante la nueva coyuntura y se correspondía con las soluciones que los intelectuales europeos, de tendencia liberal y anticomunista, proponían en el contexto de la marcada polarización del período de la Guerra Fría. El extenso ensayo de Denis De Rougemont, «Las libertades que podemos perder», con que se abría el número siguiente de *Sur*, explicitaba el marco más amplio y general en el que se debía interpretar esta respuesta. El punto de partida de De Rougemont, un viejo colaborador de *Sur*, amigo de sus integrantes principales, era el antagonismo categórico que vertebraba la óptica liberal en esos años. «El mundo está dividido en dos partidos que sólo pueden definirse claramente con relación a la libertad. Por una parte, los pueblos que se dicen libres y se proponen seguir siéndolo; por la otra, los que viven bajo un régimen totalitario y carecen de nuestras libertades, que juzgan engañosas» (2). La alternativa frente a este antagonismo —el mismo, está claro, a partir del que *Sur* había leído los gobiernos de Perón— derivaba para De Rougemont de la vía educativa, más que de las reformas sociales que preveía y consideraba necesarias. El «tratamiento esencial» que debía impartirse sobre lo que De Rougemont caracterizaba como «la tentación totalitaria», el impulso psicológico por el cual el hombre moderno renunciaba a su libertad en nombre de una disciplina que lo liberaba de la obligación de elegir por sí mismo, era, según enfatizaba, «una cuestión de *educación*» (las cursivas le pertenecen). Los argumentos de De Rougemont, como los de los colaboradores del número «Por la reconstrucción nacional», se articulaban a partir de la equiparación interesada de dos oposiciones igualmente tendenciosas y por entonces completamente trasnochadas: dictadura frente a libertad y masa frente a individuo.

La réplica inmediata y decidida que Massota dirigió a la convocatoria del número 237 advirtió con indignación manifiesta que la salida del peronismo que *Sur* proponía invocaba los tópicos y argumentos que sustentaban la postura de la revista en el plano internacional. Su célebre ensayo «*Sur* o el antiperonismo colonialista», publicado en el número 7/8 de *Contorno*, en julio de 1956, resultó un cuestionamiento directo a las opciones que la revista defendía y a la parcialidad con que se las propugnaba. Desde el editorial «Peronismo y (...) ¿lo otro?», *Contorno* proponía desechar las expresiones que esquematizaban lo sucedido reduciéndolo a «perfiles de un simplismo interesado y desvirtuado», para razonar «desde adentro» sobre lo que había pasado. El número se situaba en una instancia superadora de la controversia entre peronismo y antiperonismo y enfrentaba el riesgo de decir «esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no» (123). Si bien las intervenciones reunidas presentaban algunas tensiones y discrepancias internas, en líneas generales, podían distinguirse en ellas dos propósitos diferentes aunque relacionados: por un lado, se intentaba comprender y explicar la emergencia del peronismo en el contexto político de esos años y, por otro, se revisaban y cuestionaban las posiciones asumidas por los intelectuales liberales y los distintos sectores opositores, incluida la izquierda tradicional (Cernadas). El estilo denunciante y polémico, característico de la «nueva generación», impregnaba todo el volumen y encontraba su adversario privilegiado en las llamadas «clases morales», una categoría lúbil e imprecisa que, como señaló Altamirano, «amalgama[ba] en un solo conjunto a las clases medias y las élites intelectuales y políticas del liberalismo» (28). El ensayo de Massota prolongaba el cargo certero y categórico que la mayoría de los artículos de la revista dirigían contra las élites: el esquematismo espiritualista, la falta de sentido histórico, con que abordaban un fenómeno que los jóvenes ya percibían como «complejo y discutible». El desarrollo de este reclamo, que devolvía al peronismo el espesor problemático que las élites les habían negado y abría el camino necesario hacia su revisión crítica, se resolvía, en la lectura de Massota, a partir de una serie de razonamientos casi silogísticos, cuyas premisas denotaban una aplicación esquemática de los motivos más difundidos de las retóricas sartreana y marxista. Esos razonamientos, que la exaltada sintaxis del ensayista tornaba por momentos algo gravosos y enmarañados, se dirimían en las siguientes alternativas: si Victoria Ocampo no está *con* y *por* el proletariado, ella está *en* y *por* la burguesía (las cursivas le pertenecen). Si Victoria Ocampo es burguesa, los colaboradores de su revista y su revista misma también lo son. *Sur* defiende y expresa los intereses de esa clase. Por tanto, cuando *Sur* propone educar, llevar la cultura a las masas, lo que hace es imponer a las clases proletarias una cultura burguesa, es decir, una cultura que no sólo no les pertenece sino que los aliena impidiéndoles reconocer su propia verdad. «la cultura hoy —concluía Massota— parece no poder colocarse en otro lado que en la vereda opuesta a todo intento de liberación». Su impugnación final recuperaba los motivos de la época y derivaba de la cadena de reducciones que tramaban sus razonamientos sobre este asunto. La rotunda invectiva en que se resolvía su lectura tornaba evidente que «a través de la cuestión peronista, los jóvenes de *Contorno* proseguían su combate contra las élites culturales reinantes» (Altamirano:28). Junto a las diferencias políticas, que se acentuarían en los años inmediatamente posteriores a los de la Revolución Libertadora, los denunciante disputaban la primacía del campo cultural e intelectual. En ese combate, se enfrentaban dos élites intelectuales con voluntades pedagógicas distintas: mientras *Sur*

pretendía educar al individuo en los valores universales de la persona humana y la cultura occidental, en *la voz de Massota*, *Contorno* proponía contribuir a la liberación de los proletarios mediante el desenmascaramiento de las ideologías burguesas. El ánimo combativo que impulsaba las conclusiones de Massota simplificaban la acción cultural de *Sur* a pretensiones colonialistas, al tiempo que desconocían los argumentos con que, en el número anterior de *Contorno*, Ramón Alcalde discutía las tesis de *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, en su artículo «Imperialismo, cultura y literatura nacional».

El sesgo pedagógico con que Ocampo distinguió la responsabilidad de las élites en la conferencia «La misión del intelectual en la comunidad mundial», publicada en el número 246 de *Sur* (mayo–junio de 1957), un texto que se leyó como un manifiesto retrospectivo de la tarea cultural sostenida por la revista desde el comienzo, acusaba *todavía* los ecos de las expectativas que la caída del peronismo había despertado entre los miembros del grupo. Cuando Victoria se enorgullecía de que *Sur* hubiese «dado prioridad a la lucha contra el otro analfabetismo, el de los que pueden leer y no saben leer» (1957:58) estaba defendiendo la importancia que su pensamiento le atribuía a la misión de formar un tipo de lectores, sin dudas minoritario (la «élite futura»), capaz de apreciar y difundir las grandes obras literarias de la actualidad, en momentos de intensa masificación de la cultura. La formación de esos lectores, de esos «pocos, a quienes tanto suelen deber los muchos» (57), contrarrestaría, desde su punto de vista, el empobrecimiento y la degradación cultural que acarrearían las sociedades de masas. La alternativa resultaba completamente extemporánea y se tornaba cada vez más desafortunada. El antiperonismo de Ocampo se sustentaba en un *elitismo programático*, elaborado a partir de la convergencia de distintas fuentes ideológicas y ligeramente reformulado a través de los años en alguno de sus rasgos principales.¹ A diferencia de Ocampo, Borges contaba, como observó Panesi, con una enciclopedia apta para comprender la complejidad de la cultura de masiva y de los mitos que había engendrado el peronismo. «Su trabajo en revistas y diarios (había dirigido el suplemento literario de un diario populachero como *Crítica*), su pasión por el cine (...), su atracción por el tango y también por la infamia, la misma infamia delincuente de sus primeros ensayos narrativos, teóricamente lo colocaban en una posición que le permitiría cierta flexibilidad en los juicios culturales» (35). Sin embargo, por motivos que habría que buscar antes entre los afectos que entre las razones, su oposición al régimen resultó mucho más rencorosa, virulenta e irreflexiva que la de la directora de *Sur*. El antiperonismo de Borges se componía fundamentalmente de bajas pasiones y destilaba un odio primario y obscuro, cuya brutalidad se manifestaba en una adhesión incondicional al gobierno de facto, sobre todo después del desalojo de Eduardo Lonardi al frente de la presidencia. Mientras a Ocampo la inspiraba una confianza espiritualista e irrenunciable en la redención del hombre, la confianza autocelebratoria en que se fundaba su concepción del intelectual, a Borges, en cambio, lo impulsaba un rechazo visceral hacia el otro, un desprecio básico y militante, característico de aquel que se resiste a revisar sus posiciones, seguro de contar con una legitimidad de la que los demás carecen. Entre la *redención* y el *rechazo*, la diferencia que esta alternativa establecía era la que se abría entre una integración condicionada y restrictiva de quienes habían sucumbido al engaño del régimen y el deseo indisoluble y atroz de la eliminación absoluta del peronismo («Habría que fusilar a toda esa gente» —afirma Borges, en Bioy Casares, 333—). En septiembre de

1956, cuando la política represiva y antipopular de Aramburu–Rojas era un hecho consumado, Borges y Bioy Casares impulsaron y redactaron un manifiesto en el que ratificaban su «plena confianza» en el gobierno. Quizás no sea un dato del todo indiferente que el nombre de Victoria Ocampo no figurara en la lista de los posibles firmantes que ambos aventuraron, ni acompañara luego la publicación del manifiesto en *La Nación* y *La Prensa*. Tampoco que, pasado el entusiasmo inicial que había despertado la caída del peronismo, en el momento en el que comenzaron a acentuarse los matices y disidencias entre los escritores de *Sur*, fuese Borges (y en menor medida Victoria Ocampo) quien ocupara el centro de las discusiones en el grupo. La incondicionalidad, el ánimo pendenciero con que Borges se jactaba de su adhesión, sumado al papel de escritor oficial que había elegido desempeñar lo convertían en un actor privilegiado de todas las controversias. Las polémicas que entabló con Ezequiel Martínez Estrada y Ernesto Sábato, entre la segunda mitad de 1956 y la primera de 1957, expusieron, como señaló Oscar Terán (1991, 46), las primeras diferencias en el hasta entonces imperturbable antiperonismo liberal.²

Notas

¹ Para este aspecto en particular, resulta insoslayable consultar los estudios de Gramuglio (2004 y 2010). Gramuglio analiza la forma en que las distintas modulaciones que Ocampo le imprimió a la definición de la función de los intelectuales, entre fines de los años 30 y comienzo de los 60, orientaron el programa de la revista hacia «una pedagogía cultural».

² Para un análisis riguroso de estas polémicas, consultar Cernadas (1997), Altamirano (2001a) y Vázquez (2010).

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, CARLOS (2001). «¿Qué hacer con las masas?», «Estudio preliminar». Sarlo, Beatriz (ed.). *La batalla de las ideas (1943–1973)*. Buenos Aires: Ariel, 19–42.
- (2001a). «Duelos intelectuales». *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, 39–48.
- BENDA, JULIEN (1927). *La traición de los intelectuales*. Buenos Aires: Efece, 1974. Traducción al español: L. A. Sánchez.
- BIOY CASARES, ADOLFO (2006). *Borges*. Barcelona: Destino.
- BORGES, JORGE LUIS (1955). «L'illusion comique». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 9–10. Recogido en *Borges en Sur*, Buenos Aires: Emecé.
- (2000). «¿Cómo ve Usted el año 1956?». *El Hogar, 1935–1958*. Buenos Aires: Emecé, 170–173. Encuesta publicada el 6 de enero de 1956.
- (2000a). «¿Qué soluciones propone usted para los problemas del país?». *El Hogar, 1935–1958*. Buenos Aires: Emecé, 178–181. Encuesta publicada el 2 de noviembre de 1956.

——— (2001). «Flamante director de la Biblioteca». *Textos recuperados 1931–1955*. Buenos Aires: Emecé, 375–377. Originalmente en *Propósitos*, V(704), 3 de noviembre de 1955.

——— (2007). «Sarmiento» en *Textos recuperados (1956–1986)*. Buenos Aires: Emecé, 65–66. Originalmente en *La Nación*, 12 de febrero de 1961.

——— (2007a). «Sarmiento». *Textos recuperados (1956–1986)*. Buenos Aires: Emecé, 67–68. Originalmente en *Comentario*, VIII(27), primera entrega de 1961.

CANAL FEIJOO, BERNARDO (1955). «¿Qué hacer?». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 73–80.

CERNADAS, JORGE (1997). «Notas sobre la desintegración del consenso antiperonista en el campo intelectual: *Sur*, 1955–1960». AA. VV. *Cultura y política en los años '60*. Buenos Aires/Rosario: Instituto de Investigaciones «Gino Germani»/ Facultad de Ciencias Sociales/ Oficina de publicaciones del CBC/ Universidad Nacional de Rosario, 133–149.

——— (2006). «La revista *Contorno* en su contorno (1953–1959)». Biaggini, Hugo y Roig, Arturo (dir.). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Biblos, 619–635.

COWES, HUGO (1955). «Nuestra enseñanza secundaria». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 121–124.

DE ROUGEMONT, DENIS (1956). «Las libertades que podemos perder». *Sur*, (238), 1–16.

DE TORRE, GUILLERMO (1955). «La planificación de la masas por la propaganda». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 61–72.

FATONE, GUILLERMO (1955). «Universitas». *Sur* (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 15–17.

FIORUCCI, FLAVIA (2001). «El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual». Consultado en diciembre de 2012 en <http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2001/FiorucciFlavia.pdf>

——— (2010). «Lecturas en clave: representaciones contemporáneas del peronismo». Consultado en diciembre de 2011 en http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/texto%20Fiorucci.pdf

GANDARA, CARMEN (1955). «¿Libertad?». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 27–30.

GRAMUGLIO, MARÍA TERESA (1986). «*Sur* en la década del treinta: una revista política». *Punto de vista*, (28), 33–39.

——— (1999). «La minoría y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*». *Boletín/7* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Universidad Nacional de Rosario, 71–77.

——— (2004). «Posiciones de *Sur* en el espacio literario. Una política de la cultura». Saítta, Sylvia (ed). *Historia crítica de la literatura argentina, El oficio que se afirma*. Buenos Aires: Emecé Editores, 93–122

——— (2010). «*Sur*. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental». Altamirano, Carlos (coord.). *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz, 192–210.

- GONZALEZ LANUZA, EDUARDO (1955). «Rescate de la cordura». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 49–54.
- IGLESIA, CRISTINA (1996). *Islas de la Memoria (sobre la Autobiografía de Victoria Ocampo)*. Buenos Aires: Cuenca del Plata.
- KING, JOHN (1989). *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura 1931–1970*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MANTOVANI, JUAN (1955). «La formación del hombre libre». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 18–23.
- (1956). «Apariencia y realidad del régimen». *Sur*, (239), 24–28.
- MASSUH, VÍCTOR (1955). «Restitución de la verdad». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 107–109.
- MASOTTA, OSCAR (1956). «*Sur* o el antiperonismo colonialista». *Contorno*, (7–8). Edición facsimilar. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, 2007, 161–167.
- OCAMPO, VICTORIA (1955). «La hora de la verdad». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 2–8.
- (1955a). «El hombre del látigo». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 129–141.
- (1957). «La misión del intelectual en la comunidad mundial». *Sur*, (246), 56–62.
- (1961). «A los lectores de Sur». *Sur*, (268), 1–7.
- PAITTA, JORGE (1955). «Aproximación a ciertos problemas». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 88–99.
- PANESI, JORGE (2007). «Borges y el peronismo». Viñas, David (dir.) y Korn, Guillermo (comp.). *El peronismo clásico (1945–1955)*. *Descamisados, gorilas y contreras*. Buenos Aires: Paradiso, 30–41.
- PEZZONI, ENRIQUE (1986). «Los Testimonios de Victoria Ocampo». *El texto y sus voces*. Buenos Aires: Sudamericana, 265–272. Originalmente en (1958). *Sur*, (252), 71–76.
- PERALTA, CARLOS (1955). «La rosa negra». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 113–114.
- ROMERO, FRANCISCO (1955). «Anotación sobre la Universidad». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 10–15.
- SABATO, ERNESTO (1945). «Los relatos de Jorge Luis Borges». *Sur*, (125), 69–75.
- (1955). «Aquella patria de nuestra infancia». *Sur*, (237). Número especial «Por la reconstrucción nacional», 102–106.
- VAZQUEZ, MARÍA CELIA (2010) «Peronismo, pobreza y retórica (Martínez Estrada vs. Borges y la yapa: la respuesta de Jauretche)». Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/17517/Documento_completo.pdf?sequence=1
- (2011). «*Sur*: peronismo y después». Vazquez, María Celia (coord.). *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*. Bahía Blanca: Editorial de Universidad Nacional del Sur.

Podlubne, Judith

«El antiperonismo de *Sur*: entre la leyenda satánica y el elitismo programático». *El hilo de la fábula. Revista anual del Centro de Estudios Comparados* (14), 45–60.

Fecha de recepción: 23 · 07 · 13

Fecha de aceptación: 15 · 09 · 13